# Nuestros vecinos de ayer

Magolo Cárdenas

# Nuestros vecinos de ayer

Magolo Cárdenas

Archivo Municipal de Saltillo

Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León

Primera edición: 2018
ISBN: 978-607-8598-06-9

DR. © Archivo Municipal de Saltillo
Juárez y Leona Vicario, s/n
Zona Centro
CP.- 25000
Saltillo, Coahuila, México
www.archivomunicipaldesaltillo.gob.mx
informes@archivomunicipaldesaltillo.gob.mx

DR. © Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León
Av. La Hacienda, No. 1237
Colonia La Hacienda
C.P. 67150
Guadalupe, Nuevo León, México
www.conarte.org.mx

©Magolo Cárdenas

Texto e ilustraciones: Magolo Cárdenas
Ayudante de investigación: Armando Alanís
Edición y corrección: Iván Vartan Muñoz Cotera
Diseño de portada e interiores: Melissa Gaona

Primera edición no registrada: 1985, R. Ayuntamiento de Saltillo/Archivo Municipal de Saltillo.

Impreso en México
*Printed and made in México*

# Nuestros vecinos de ayer

# Presentación

Los archivos guardan historias. Las que aquí te cuenta Magolo las aprendió leyendo algunos documentos del Archivo Municipal de Saltillo. Este archivo ha ido creciendo junto con la ciudad y en él puedes encontrar noticias sobre sus habitantes; hábitos, costumbres, economía, ferias, comida, pleitos por la propiedad de la tierra y el uso del agua, fábricas, la construcción de sus viviendas, el nombramiento de autoridades locales, las corridas de toros, la llegada del ferrocarril, la primera función de cine…

Saltillo es el resultado de esto y más, y para conocerlo es necesario saber sobre su historia. Este libro relata parte de ella. Mucho de lo que falta por contar se encuentra en los miles de documentos que se guardan en su archivo, de ahí su importancia. Los archivos son, por tanto, los principales lugares a donde debe acudir cualesquier persona que desee conocer algo del pasado de su comunidad, pues es ésta la que los ha ido construyendo con el quehacer diario de sus habitantes.

*Martha Rodríguez García*

# Índice

PARA EMPEZAR

Rodrigo Navarro, conquistador 15

María Cázares Xicoténcatl, niña tlaxcalteca 25

Ignacio María González, niño mestizo 34

Victoriano Dávila, obrero textil 44

Jesús Mejía, estudiante y revolucionario 55

Y PARA TERMINAR

Algunas palabras difíciles 69

Índice de nombres y lugares 71

Actividades que se sugieren 78

Plan de la noble ciudad de Saltillo
Calle del Huizache
Calle del Reventón
A Catedral
B Palacio de gobierno
C Parián
D Templo San Esteban
E Plaza de la Independencia
F Teatro Acuña
G Plaza de Tlaxcala
H Plaza de Toros
I Casa Dámaso Rodríguez
J Capilla Purísima Milagros
K Mesón del Huizache
L Teatro Zaragoza

# Para empezar

La historia no la construyen nada más las narraciones de los héroes o villanos, las de grandes batallas o descubrimientos. No se escribe únicamente con acontecimientos espectaculares o memorables. Todos los días, nosotros y las personas que nos rodean, vamos construyendo la memoria colectiva de nuestra época. También hace historia el carpintero que fabrica un mueble que verán sus nietos, las comadres del mercado que protestan por los precios de los alimentos, el obrero que se inscribe en un sindicato y el campesino que no recoge cosecha en época de sequía.

Para contarte esta historia de Saltillo inventé varios personajes que, como habitantes de la ciudad y testigos oculares, hablan de la época que a cada uno de ellos le tocó vivir conforme yo la imaginé. Hice pequeñas historias ficticias sobre sus propias vidas pero, en cambio, los hechos que les rodean, los lugares por los que pasean, los nombres de los que hablan, son verdaderos.

Rodrigo Navarro recuerda la fundación de la Villa de Santiago del Saltillo; María Cázares Xicoténcatl, la de San Esteban de la Nueva Tlaxcala; José María González habla de la época de la Independencia, de las intervenciones norteamericana y francesa y de la Reforma; Victoriano Dávila, del porfiriato y, finalmente, Jesús Mejía recuerda la Revolución.

*La autora*

# Rodrigo Navarro, conquistador

Aún me queda vivo el recuerdo de aquél paisaje, del sol calcinante sobre nuestras espaldas; la memoria del peso de las armaduras que hacían incluso más difícil nuestra marcha.

Era el año 1577. Habíamos salido del mineral de Mazapil y llevábamos días sin avistar otra cosa que un paisaje desértico e inhóspito. A pesar del cansancio, no dejábamos de maravillarnos con las plantas que nos rodeaban y que ninguno había visto crecer en nuestras tierras europeas: plantas espinosas y hoscas que parecían sobrevivir con esfuerzo en esa tierra árida.

Éramos dieciséis hombres, algunos españoles y otros portugueses. Nos capitaneaba Alberto Del Canto que, en ese entonces, era alcalde mayor de las minas de San Gregorio. Sabíamos que la región por la que transitábamos estaba poblada por tribus de indios nómadas, muy salvajes, a los que nuestro gobierno llamaba chichimecas. Según decían, ellos no eran nada amigables, así que podían atacar en cualquier mo-

mento, por lo que íbamos al acecho y bien preparados para defendernos. Llevábamos nuestras armas listas para usarlas en el momento en que fuera necesario.

Fue una caminata pesada. Ninguno de nosotros sabíamos bien a bien hacia dónde nos conducía Del Canto que tenía intenciones de fundar una villa que sirviera como lugar de paso para los que viajaban entre San Gregorio, Mazapil y Cuencamé, separados entre sí por grandes distancias. Quería establecer un lugar en el que los viajeros pudieran abastecerse de armas, alimentos y bestias para seguir su camino.

Para las autoridades de Nueva España era importante que ganáramos terreno para la corona española, que fundáramos un presidio, es decir, un terreno en el que estableciera una guarnición que sirviera para defender, contra los ataques de los indios, la frontera de lo que hasta entonces habíamos colonizado. Teníamos que encontrar por aquella zona el lugar exacto donde hubiera suficiente agua y en el que fuera posible protegerse, un sitio de fácil defensa.

> —Yo conozco estas tierras —nos decía Del Canto con actitud autoritaria y firme—. He viajado por aquí en mis correrías a Mazapil y os aseguro que daremos con el paraje preciso en el que habrá de fundarse la villa.

Del Canto era un hombre de carácter fuerte e indomable, así que los demás nos sometíamos resignadamente a sus órdenes.

Anduvimos caminando muchos días antes de dar con aquel paraje. Las mulas y los caballos estaban ya cansados y algunos dudábamos que pudieran resistir más tiempo sin negarse a dar un paso adelante.

Empezábamos a sentirnos desesperados, pero nadie se atrevía a decirlo por temor a quedar como un cobarde

ante los demás. Fue al mediodía de uno de los días más calurosos que Juan Navarro, un portugués que venía en la expedición, dijo:

—¡No lo soporto más! Creo que deberemos regresar a Mazapil y darnos por vencidos. ¡Jamás encontraremos el lugar para fundar de inmediato!

—¡Encontraremos el sitio a como dé lugar! ¡Por ningún motivo debéis perder las esperanzas! —replicó Del Canto con firmeza mientras espoleaba a su caballo.

Nadie se atrevió a contradecirlo y seguimos la marcha en silencio.

Habíamos caminado todo el día, subiendo una escarpada y rocosa montaña. Estábamos agotados y tuvimos que dejar atrás a una mula que se nos echó agonizante. Estaba a punto de caer la tarde cuando alcanzamos la cima de la sierra. Ante nosotros se abrió, entonces, la vista de aquél valle. El sol se ponía tras las montañas y era ese un atardecer apacible como los que suelen darse en estas zonas desérticas.

Quedamos atónitos contemplando el panorama. A diferencia de las tierras que habíamos recorrido, el valle era un lugar más fértil y estaba protegido por las montañas que lo circundaban, por lo que sería fácil defenderlo de los indios. Crecían ahí los fresnos, sauces, mezquites, huizaches y pastos en abundancia.

Desde la altura, el valle parecía ser un lugar tranquilo y seguro, el sitio que estábamos buscando. Sólo nos haría falta comprobar que hubiera suficiente agua para decidir si levantaríamos ahí nuestro campamento definitivo. Mirando aquel paisaje, hablando ilusionados de lo que podríamos hacer viviendo en ese sitio, nos llegó la noche.

A la mañana siguiente iniciamos el descenso de la montaña. A la distancia, en la llanura, alcanzábamos a divisar

NUESTROS VECINOS DE AYER

las manadas de búfalos que recorrían el terreno, dejando tras ellos nubarrones de polvo. En la montaña, entre los pinos, los venados se asustaban al encontrarse con nosotros y corrían a esconderse. Había también guajolotes salvajes, gansos y codornices.

Llegamos hasta el valle sedientos y cansados. A lo lejos, nos pareció escuchar el ruido de un manantial. El capitán Del Canto caminaba cada vez más rápido hacia el lugar en el que él suponía que debía estar corriendo el agua. No lográbamos darle alcance y pronto nos aventajó lo suficiente como para que viéramos a lo lejos su figura: el caballo corría desbocado apresurado por la energía del jinete. El capitán se detuvo con brusquedad y empezó a llamarnos:

—¡Venid acá! —gritaba con entusiasmo—. ¡Mirad lo que he descubierto!

Nos acercamos hasta donde se encontraba Del Canto. Frente a él corría bullicioso un manantial de agua cristalina y caudalosa que descendía de una pequeña meseta. Entonces estuvimos seguros que ahí podríamos fundar nuestra villa.

De inmediato, las bestias sedientas se acercaron al riachuelo y empezaron a beber con desesperación. Entre la algarabía y el entusiasmo, también saciábamos nuestra sed. En esas circunstancias, el agua era el más invaluable de los tesoros. Era aquel el día 25 de julio del año de 1577.

Después de discutirlo durante un largo rato, decidimos que a nuestro poblado llamaríamos Villa de Santiago del Saltillo, en honor al apóstol, patrono de los conquistadores, y pensamos en agregarle el Saltillo porque ese manantial al que habíamos llegado bajaba de la montaña haciendo un pequeño salto antes de llegar a irrigar el valle.

Entre nosotros se encontraba el padre Baldo Cortés, un hombre extraordinario que, además de ser religioso, era buen guerrero. Con él hicimos una cruz y la plantamos a unos cuantos metros del manantial. Ahí, consideramos, sería el centro de nuestro poblado. Aquella noche acampamos junto a la cruz. Estábamos agotados y a la mañana siguiente tendríamos trabajo por hacer.

Al despuntar el día, el capitán Del Canto procedió de inmediato a deslindar los terrenos y a asignarnos a cada uno el que nos correspondía. Nombramos a las que serían nuestras primeras autoridades. Alberto Del Canto fue designado alcalde mayor de la villa.

Posteriormente levantamos unas rudimentarias chozas de palma que servirían de campamento mientras construíamos algo que fuera más firme. Se señalaron los terrenos que serían de la Iglesia, el Ayuntamiento y de la plaza de armas. Debíamos construir una de esas plazas como las que acostumbraban hacer nuestros antepasados españoles y que se llamaban de armas porque desde ahí se defendían las villas. A la nuestra deberían acudir semanalmente los habitantes del poblado para presentar sus armas, pues debíamos estar preparados desde el principio para hacer frente a los ataques de los indios.

Tal como lo esperábamos, los indios no tardaron en hacerse presentes. Guachichiles, borrados, tobosos, comanches y apaches atacaban constantemente nuestra aldea, defendiendo lo que hasta entonces habían sido sus tierras. Ellos no eran indios civilizados como los que habitaban en el sur de la Nueva España. Eran montaraces; no conocían siquiera la agricultura y vivían de la caza, comían raíces y semillas. Usaban pieles con las que cubrían apenas sus cuerpos, se pintaban la cara con rayas de tizne y eran aguerridos.

Hoy puedo confesar que en ocasiones pensé que aquellos indios tenían

razón para ser tan hostiles, pues nuestros compatriotas españoles los hacían presos y los vendían luego como esclavos en las minas cercanas a la villa. En estos primeros años del Saltillo, algunos de mis compañeros vivieron de comerciar con esclavos.

Al principio, la vida en el nuevo poblado era agitada. Trabajábamos desmontando los solares para levantar en ellos nuestras casas, introducíamos agua con acequias en cada uno de los terrenos, trazábamos lo que serían las futuras calles de la villa y finalmente, poco a poco, fuimos levantando nuestras viviendas de adobe en las que nos sentíamos más resguardados.

Con tierra, crin de caballo y paja, fabricábamos los adobes para las paredes. Luego nos íbamos a la sierra con las mulas para traer de allá los morillos con los de construíamos los techos de las casas. Había bastante que hacer. Entre todos edificamos las casas reales donde se alojaría el Ayuntamiento frente a la plaza principal y, a espaldas de ella, hicimos el templo franciscano. Se trabajaba de sol a sol.

Teníamos siempre preparados el arcabuz y la espada porque los indios aparecían a cualquier hora del día para atacarnos. Nuestro poblado dependía entonces de la provincia de la Nueva Vizcaya y en lo judicial y religioso de la Real Audiencia de la Nueva Galicia, de modo que las autoridades que debían protegernos se encontraban lejos de nuestro poblado. Por un tiempo tuvimos que arreglárnoslas solos para pelear contra las adversidades.

Poco a poco fuimos trayendo a nuestras mujeres, de modo que empezaron a nacer los primeros niños saltillenses. También las mujeres tenían ocupaciones: fabricar ropa y calzado para la familia, moler el trigo para hacer el pan, almacenar los productos con los que nos alimentaríamos durante el invierno, criar a los hijos y estar preparadas, igual que los hombres, para defender

sus casas de los indios. Ellas eran tan diestras, como nosotros, en el manejo de armas.

Diez años después de que se fundó la Villa de Santiago del Saltillo, veinte jefes de familia habitábamos el poblado. Durante esa época nos dedicábamos a la ganadería y vendíamos nuestros animales en las minas más cercanas. Sin embargo, la vida era difícil, pues vivíamos en constante sobresalto por los ataques de los indios. Éramos pocos para defenderos, así que pensamos que era necesario traer a más colonizadores para poblar el lugar y hacernos fuertes, pero pocos eran los que querían venir a vivir a un lugar tan incomunicado y lleno de peligros.

Además, muchos de los españoles que vinieron a colonizar la Nueva España vivían con el sueño de hacerse ricos, con la cabeza llena de telarañas y la ilusión de encontrar hermosas ciudades doradas. No todos estaban dispuestos a trabajar arduamente para hacerse de un lugar. Por eso, aún recuerdo claramente el día aquel del año 1590 en que Juan Morlete convocó a los vecinos de la villa para darnos una noticia del virrey.

En ese entonces no había diversiones. En el atardecer, y cuando el tiempo lo permitía, solíamos reunirnos a platicar de lo sucedido durante el día, así que cuando nos llamó Morlete se armó el barullo y nos juntamos, anhelantes y curiosos, en la plaza. Los habitantes de Nuevo Almadén, decía Juan Morlete, habían abandonado el poblado y, sin avisar a nadie, se habían ido con el capitán Castaño de Sosa. Algunos de los que estaban en la plaza se sintieron alarmados, pues entre los vecinos de Nuevo Almadén había parientes o amigos.

—Se fueron en pos de las Siete Ciudades de Cíbola —nos dijo Morlete en tono molesto—. Vengo a nombre del virrey que está

irritado porque partieron sin su autorización y os quiero hacer un llamado a vosotros para que me acompañéis a perseguir a Castaño de Sosa.

Las Siete Ciudades de Cíbola habían poblado nuestra imaginación desde que llegamos al Saltillo. Álvar Núñez Cabeza de Vaca había dicho que existían, más hacia el norte, siete ciudades muy ricas sembradas de oro, turquesas y diamantes en las que vivían unos indios que vestían lujosos ropajes, que había en ellas ríos surcados por barcos con proas de oro y en los que nadaban peces del tamaño de nuestros caballos.

Se pensaba también que por allá había una fuente de la eterna juventud, manantial que rejuvenecería al que se bañara en él. Por eso la noticia de Morlete causó tanto bullicio entre los habitantes que, entusiasmados con la idea de encontrar las ciudades, más que con la de hacer preso a Castaño de Sosa, decidieron acompañar al representante del virrey en la expedición.

Una fría mañana de diciembre los vimos partir hacia el norte. Iban ilusionados y armando una escandalera. Algunos de los que fueron allá me platicaron luego que al llegar a Nuevo Almadén se encontraron con un pueblo fantasma; sus habitantes se habían ido tras el anhelo de la riqueza.

Durante días, el Saltillo también quedó solo, casi todos los hombres se habían decidido a acompañar a Morlete. Las mujeres estaban sumamente consternadas y se las veía pasear por el pueblo cabizbajas. Ignoraban si sus hombres regresarían de aquella aventura, pues podían ser presa de los indios o perderse en el camino. Aunque entre las esposas no faltaba una que otra que imaginaba al marido volviendo a la villa cargado de tesoros.

Fue un sueño que culminó el día que los vimos llegar fatigados, débiles, hambrientos y silenciosos. Traían en-

cadenado a Castaño de Sosa, pero no habían encontrado ninguna ciudad dorada. Perdieron a muchos de sus animales durante el camino y volvieron fracasados. Las mujeres se dedicaron durante varios días alimentar y consentir a los recién llegados. De esta manera, terminaba un capítulo más del sueño dorado de los conquistadores.

# María Cázares Xicoténcatl, niña tlaxcalteca

Los que veníamos en aquella caravana habíamos salido de Tizatlán, uno de los señoríos tlaxcaltecas, y usábamos el escudo de Xicoténcatl porque descendíamos de él y eso nos hacía sentir orgullosos.

El 5 de julio de 1591 llegaron por nosotros las carretas que venían desde la Villa de Santiago del Saltillo. En la casa, papá y mamá ya estaban preparados para partir. Mamá había empacado sus enseres de cocina y las tilmas bordadas de colores que usábamos para vestir.

Papá tenía listas las semillas de flores y los retoños de árboles frutales, de membrillos, manzanos, perones, que había preparado con las raíces bien cubiertas y húmedas para que no fueran a secarse durante el camino. Había guardado también sus retoñitos de maguey, pensando en que al llegar plantaría en las nuevas tierras todo aquello y haría con eso nuestra huerta porque, según decían, los lugares a los que íbamos eran áridos y casi no había por allá árboles frutales.

Cuando las carretas llegaron hubo movimiento en Tizatlán. Debíamos partir al día siguiente, así que de inmediato los hombres empezaron a subir sus pertenencias a los carros. En total éramos 245 tlaxcaltecas, entre varones, mujeres y niños, los que abandonaríamos Tlaxcala para colonizar las nuevas tierras.

Los niños estábamos emocionados por la aventura del viaje y corríamos de un lado para otro armando alboroto, así que no nos dábamos cuenta que algunos de nuestros padres estaban acongojados, pues dejaban atrás la tierra de sus antepasados a los que tanto cariño les tenían. Esta noche escuché que papá, con aflicción, hablaba con mi madre:

—Quién sabe si volvamos a ver estas tierras, mujer, las tierras del abuelo Xicoténcatl. De no ser por los provechos que obtendremos de esto, jamás dejaría mi pueblo. Tengo temor, no sé qué nos espera allá. Mi madre lo miraba con ternura y, en silencio, acariciaba su cabello mientras él continuaba:

—Al menos allá seremos tratados como señores, no como los criados que ahora somos. El señor virrey tendrá que cumplir su palabra y de ahora en adelante nos tendrán que dejar usar el "don" en nuestros nombres, tal como ellos lo usan. De ahora en adelante yo seré don Diego de Cázares Xicoténcatl, podré montar a caballo y usar armas como ellos. Al menos tendremos nuestras propias tierras y aguas y no seremos los sirvientes de los españoles. De no ser por eso, te aseguro, mujer, que jamás me movería de aquí.

Al día siguiente, el 6 de julio, abandonábamos Tizatlán. Íbamos callados, mirando el pueblo y sabiendo que quizá era esa la última vez que lo veríamos. Con tristeza contemplábamos

las huertas y los árboles que parecían despedirse con el movimiento suave de sus hojas.

Durante el camino nos conduciría el capitán Francisco de Urdiñola quien, además de ser buen soldado, era dueño de grandes extensiones territoriales, minas y molinos de trigo cercanos al lugar hacia el que nos dirigíamos. Con él venía Fray Juan Terrones, quien sería nuestro instructor religioso.

Caminamos durante dos meses para llegar a nuestro destino. El viaje fue emocionante. Ninguno había salido jamás de Tizatlán y los paisajes que ahora veíamos eran diferentes a los que estábamos acostumbrados a ver.

Cuando entramos en aquellas tierras desérticas, nos extasiábamos mirando las enormes montañas y los animales; los reptiles que no conocíamos. Llegamos a Santiago del Saltillo el 2 de septiembre. Los habitantes de la comunidad nos recibieron en la plaza de armas. Estaban ahí los señores más importantes de la villa, los del Cabildo, que dieron una solemne bienvenida a Francisco de Urdiñola.

Los del Saltillo estaban contentos, pues era importante que viniera gente a poblar el lugar. Les ayudaríamos a pacificar a los indios rebeldes que vivían ahí. Esperaban que los enseñáramos a hacerse gente de provecho, a cultivar la tierra y a cardar la lana. Por eso los vecinos nos trataban bien, nos sonreían y saludaban con alegría.

De inmediato, el capitán Urdiñola empezó arreglar los asuntos de nuestras tierras y unos días después de que habíamos llegado se señalaron los sitios en los que serían construidos el convento, las casas reales, el hospital, la plaza y el tianguis de lo que sería el poblado que nos pertenecería. Pedimos le dieran el nombre de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, en honor al Santo patrono de nuestro pueblo. San Esteban de la Nueva Tlaxcala fue fundado por el capitán Urdiñola el 13 de septiembre de 1591.

Nuestro pueblo se separaba del de los españoles por una acequia que corría entre ambos, donde luego hicieron la calle del Reventón,[1] a la que le dieron ese nombre porque ahí reventaba un ojito de agua. Nombramos a las propias autoridades que no tenían nada que ver con las de la Villa de Santiago del Saltillo y que dependían directamente del virrey don Luis de Velasco. Hasta ese momento nuestros padres estaban contentos, pues se habían cumplido las promesas que les habían hecho.

A cada uno de los hombres le asignaron sus terrenos y de inmediato papá, como los demás, se puso a trabajar para plantar nuestra hortaliza. Los españoles no eran buenos para la agricultura y se dedicaban principalmente a la ganadería. Papá y los demás tlaxcaltecas sembrábamos los membrillos, perones y árboles frutales que habíamos traído desde Tlaxcala. Los adultos prepararon los terrenos y pronto hicieron que aquellas tierras produjeran vegetales, pastizales y cereales.

San Esteban de la Nueva Tlaxcala se convirtió en un vergel parecido a nuestro Tizatlán. Con el tiempo, los españoles se surtían en nuestro pueblo de casi todo lo necesario para su alimentación y éramos quienes les proporcionábamos leche, huevos, legumbres y frutas. En San Esteban vivían también los indios guachichiles y borrados, pero ellos nunca aprendieron a cultivar bien la tierra y más bien se fueron yendo a las montañas y terminaban por abandonar sus terrenos que pasaban a ser propiedad nuestra.

Sin embargo, estos indios nunca se dieron por vencidos, nunca se resignaron que les quitaran sus tierras y siguieron presentándose en el Saltillo y en San Esteban en son de guerra. Hubo varias rebeliones indígenas que, junto con los españoles, tuvimos que enfrentar. Antes de que fundáramos San Esteban, un indio rebelde al que llama-

1 Hoy se llama Ignacio Allende.

ban Zapalinamé había capitaneado a los chichimecas. Después, ya estando nosotros, se rebelaron bajo el mando de Colmillo. Con el tiempo, fuimos aprendiendo a querer a San Esteban de la Nueva Tlaxcala, a quererlo tanto como a Tizatlán.

Cuando yo caminaba por aquellas huertas o jugaba en los solares, me sentía ufana de ser tlaxcalteca, orgullosa de mis padres y de mis antepasados que nos habían enseñado tantas cosas útiles. Me gustaba pasear bajo la sombra fresca de los árboles de San Esteban, pensando en que, gracias a la sabiduría de los abuelos, nuestros padres habían aprendido a ser buenos agricultores, a tenerle cariño a la tierra y a los árboles.

En el pueblo de los españoles, en cambio, casi no había árboles. Apenas

si se alzaba uno que otro en lo que era su calle principal y que llamaban Real de Santiago,[2] mientras que en el nuestro crecían los sauces y los fresnos en abundancia. Los tlaxcaltecas habíamos venido a enseñarles cosas a los españoles. Entre ellas, a tejer la lana para hacer sarapes y jorongos, a tallar la madera y a cultivar árboles frutales. Por eso, en San Esteban y en la villa se empezaron hacer obrajes en los que se trabajaban la lana para tejerla y luego comerciar con las cobijas.

Al principio, papá y mamá debieron haber extrañado su tierra, pero estaban contentos de estar aquí, pues se nos trataba bien. Cada semana, por ejemplo, las autoridades españolas nos entregaban maíz, sal, ropa, novillos y otras provisiones. Recuerdo la voz de papá, aquella primera vez en que nos llamaron para darnos algunos bienes:

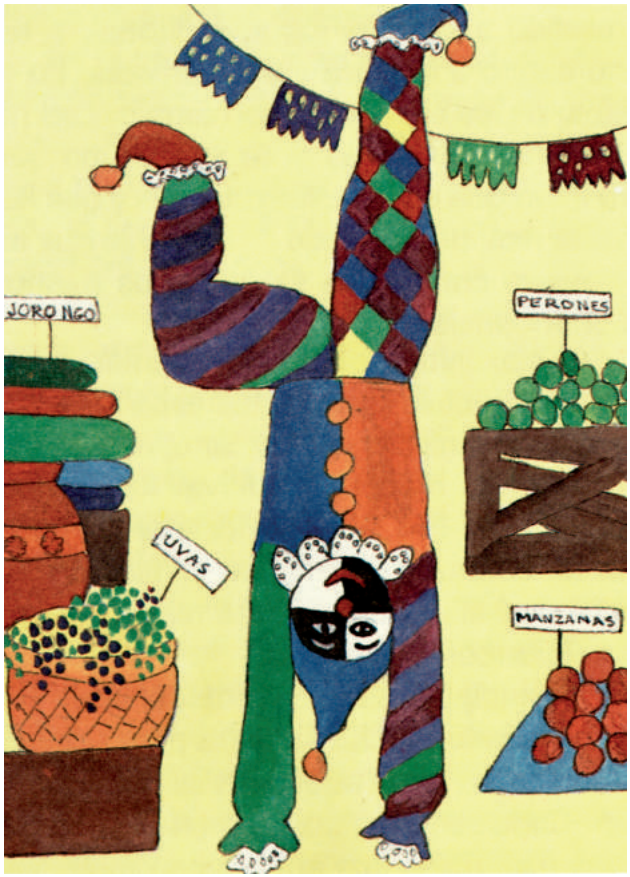
—Allá en Tizatlán teníamos que entregarles tributo a ellos, así como tienen que hacerlo los indios de la tierra colonizada por los españoles y mira, aquí es al revés, aquí ellos nos dan. Es curioso, ¿no crees, mujer?

—Es que aquí somos útiles de otra manera —respondió mamá—. Les ayudamos a pelear contra los indios de acá, le servimos poblando esta región tan dura. Sus razones tienen para tratarnos tan bien.

Lo cierto es que les probamos que éramos trabajadores, así que no tuvieron queja.

Los dos pueblos iban creciendo, aunque constantemente había familias que nos abandonaban para ir a colonizar y poblar otras regiones más hacia el norte. Llegó un momento en que San Esteban era más grande que el Saltillo y estaba dividido en cinco barrios: La Concepción, San Esteban, La Purifica-

2 Ahora se llama General Cepeda.




ción, San Buenaventura y Santa Ana. Papá y mamá se fueron haciendo viejos aquí y nunca más volvieron a Tizatlán. Los dos murieron en 1646 en San Esteban. ¿La causa? Una epidemia de viruela, enfermedad que trajeron los españoles y que causaba gran mortandad.

Mi hermano y yo heredamos las tierras de mi padre que ya trabajábamos para cuando él murió. Nos casamos aquí y tuvimos hijos. San Esteban y el Saltillo habían prosperado de modo que ya había ganado del que se sacaban las pieles para curtirlas, había molinos de trigo y no se daban abasto con las enormes cantidades de cereal que se producían. Se levantaban grandes cosechas de maíz y frijol.

Habíamos plantado tantos árboles frutales que ni la población entera comiendo fruta durante el verano se acababa la producción, así que aprendimos aprovechar lo que nos quedaba, haciendo conservas, pastas de higo y suadero de membrillo. Para ese entonces los españoles empezaron a mostrar envidia por nuestras tierras así que entablaban inútiles y largos pleitos para apoderarse de lo nuestro. Las cosas ya no estaban tan en paz como cuando habíamos llegado al Saltillo.

Las dos poblaciones nos convertimos en proveedoras de los pueblos vecinos y los comerciantes venían a traer sus productos para llevarse a cambio los nuestros. Esto dio lugar a que se iniciara la famosa feria del Saltillo a mediados del siglo XVII. A la feria venía gente de fuera y no había albergue suficiente para alojarlos. Se tenían que construir barracas al lado de la plaza de armas de la villa para que durmieran ahí los visitantes.

Esos días los dos pueblos se llenaban de vida y todo se volvía algarabía y diversión. En el parián, que se colocaba detrás del templo de San Esteban, se ponían las vendimias. Daba gusto ver las bateas llenitas de uvas blancas y negras de Parras, los suaderos, la cecina y el tasajo que colgaban las marchantas de unos cordeles en sus puestos. Lanas, jabón, cueros de venado, semillas y monturas de caballo se ofrecían en intercambio por arroz, azúcar, garbanzo, piloncillo o géneros. Entonces nos abastecíamos de cosas que no producíamos aquí, como implementos de hierro y algunos alimentos.

Para cuando empezaron a celebrarse las ferias, yo ya era abuela y dejaba que mis hijos se encargaran de nuestro puesto en el parián. En él ofrecíamos sarapes y jorongos, mientras yo paseaba con los nietos por la feria en la que siempre había bullicio. Los pregoneros anunciaban a voz en cuello sus productos, los gritones de lotería se esmeraban para vocear sus cartas en forma divertida y los músicos entonaban canciones populares.

En esos días había corridas de toros, carreras de caballos y bailadoras a las que se les hacía un tablado especial. De diversos lados venían cirqueros y cómicos que levantaban sus carpas o improvisaban corrales para hacer en ellos sus magias y acrobacias. Asistíamos a casi todos los espectáculos, pues el resto del año no había muchas diversiones en el pueblo y se trabajaba duro. Los días de

feria eran de vacaciones para los niños que se divertían y disfrutaban los festejos más que los adultos.

A la feria llegaban mercancías desde el otro lado del mundo. De Europa y Asia entraban a la Nueva España por la frontera norte. Aparte de que se intercambiaban alimentos y productos básicos, se comerciaba con géneros y sedas finas, con porcelanas y objetos preciosos. Aún recuerdo claramente el día en que para aquella feria trajeron el primer telar mecánico. Se hablaba por el pueblo del aparato que serviría para tejer más eficazmente.

Yo fui con mis nietos a verlo. La gente admirada se arremolinaba alrededor de aquel armatoste asombroso. No faltaba quien pensara que ese telar trabajaba por obra de encantamiento, pues permitía realizar con rapidez el trabajo que antes se hacía con gran lentitud. A los niños le sorprendía aquel telar sólo por su tamaño y no comprendían que nos traía progreso. Era aquella una especie de mesa grande frente a la que se sentaba un hombre y mientras pedaleaba para cambiar los hilos, tejía rapidísimamente.

En medio de la conmoción y la pelotera, repentinamente recordé a mi padre. Pensé en lo que hubiera dicho al ver aquel aparato, en lo que hubiera sentido al mirar la cara de sus nietos extasiados ante el movimiento del telar; al ver aquel San Esteban de la Nueva Tlaxcala ahora poblado, vivo e inquieto, tan distinto del que ellos habían fundado.

# Ignacio María González, niño mestizo

Era septiembre del año 1810. Estábamos en días de feria. Como en los años anteriores, bastante gente había venido de todo el país para comerciar con sus productos pero aquélla, la de 1810, fue una feria diferente. La gente andaba nerviosa y agitada; hablaba de las noticias. Recuerdo a unas señoras del mercado comentando:

—¿Ya supo, comadre? Dicen que vienen del sur, que allá se levantaron en armas y que los dirige un cura. ¡Figúrese nomás!, ¡un cura! Y que lo llaman el Padre Hidalgo.

—¡Dios nos bendiga, comadre! Vaya usté a saber qué nos tocará mirar ahora. Una no se da abasto con las invasiones de los indios salvajes que atacan el pueblo como para que vengan estos otros a pelear también. ¡El Santo Cristo de la Capilla nos ampare!

—Pues sí, comadre, pero yo creo que tienen razón. Ya ve cómo tratan a los indios o a nosotros nomás

porque somos mestizos o criollos, porque no somos españoles. Después de todo esta tierra ya es nuestra. La hemos ganado a pulso, con sudor y trabajo, como para que cada vez que llegue un español de la madre patria sea el que se quede con el producto de nuestro esfuerzo. No es justo, eso sí le digo, ya no es justo.

—¿Sí, verdá? Casi que nomás me da gusto por imaginarme la cara de doña Gertrudis que se cree tanto porque ella es española y ahí anda dizque presumiendo su abolengo, yendo y viniendo al Ayuntamiento para que le den el certificado de pureza de sangre de sus hijos.

—¡Vieja chocante! Nomás deje que sepa que ahí vienen los insurgentes.

—¡A ver qué va a hacer ahora con su aristocracia!

Yo vivía en la calle de Huizache[3] y papá ya había muerto para esos días. Papá era

3 Ahora se llama José María Morelos.

español y había llegado a la villa años antes. Se casó con mamá, que era de acá, y juntos hicieron el Mesón del Huizache, una hospedería.

Entonces era yo un niño y asistía a las clases del padre Ignacio Nogueira al que habían traído entre todos los vecinos un año antes para que los chamacos aprendiéramos a escribir, a contar y la doctrina religiosa porque en ese entonces no había escuelas. El padre Nogueira era un viejito gruñón que se la pasaba soltando varazos a diestra y siniestra a los niños que no decíamos correctamente la lección.

A casi nadie le gustaba ir a la escuela, pero los papás insistían en que debíamos aprender a hacer cuentas y a escribir, que no querían que fuéramos tan incultos como ellos habían sido. Sin embargo, cuando eran días de feria, ¡qué ánimos íbamos a tener para estar encerrados repitiendo una y otra vez el silabario! Por esa razón, yo le decía a mamá que iba a las clases y me escapaba a la feria, a mirar a los cómicos y a los cirqueros.

Las comadres traían un alboroto con eso de las noticias y se arremolinaban junto al correo que en ese entonces era un señor que vestía traje azul con rayas rojas y que anunciaba su llegada al pueblo con un cuerno de caza. Se bajaba del caballo y repartía o recibía correspondencia. Las comadres estaban ahí aunque no esperaran carta de nadie porque querían recibir noticias frescas y comunicárselas al vecindario:

—Que ya llegaron a Real de Catorce y a Matehuala —decía alguna de ellas.

—Que se encuentran cerquita de la villa y andan en son de pleito —completaba otra.

—Que vienen para acá el cura Hidalgo, Ignacio Allende y los generales, jefes y oficiales del Ejército Insurgente —terciaba su amiga.

El 13 de noviembre de ese mismo año entró por la calle Real de Santiago una fila de carretas, bestias de carga y carruajes que conducían los españoles que vivían en Matehuala, Cedral y Real de Catorce, quienes habían sacado sus pertenencias huyendo del Ejército Insurgente. Estos españoles eran ricos, mineros en la mayoría de los casos. Ahora estaban asustados porque iban a quitarles sus propiedades.

Los de la caravana venían tristes y cansados. La gente los miraba pasar, sin que faltaran algunos a los que les daba gusto atestiguar el suceso. Las señoras ricas del pueblo, en cambio, lloraban a cántaros o abrazaban asustadas a sus hijos, y asistían a la iglesia a rezar, a escuchar las prédicas del señor Marín de Porras, obispo de Linares, que lanzaba sermones en los que decía que estarían expulsados de la iglesia católica todos los que apoyaran a los insurgentes.

Yo seguía sin asistir a clases pues en el pueblo había tanto alboroto que no tenía cabeza para sentarme a estudiar. Venía llegando de la calle cuando escuché la voz del padre Nogueira que había venido a hablar con mamá:

—Ignacio María no viene a clases, doña Josefa. Yo no sé qué piensa hacer con él porque es socarrón y testarudo.

—¿Pero cómo? —preguntó mamá, consternada en aquella ocasión—. Si diario sale de aquí temprano para irse con usted a estudiar, padre.

—Pues la engaña, hija mía, la engaña, porque en las clases no asoma ni las narices.

Temblaba del susto mientras escuchaba aquella conversación. Mamá se puso furiosa conmigo y, en castigo, decidió dejarme encerrado durante varios días.

Había terminado la época de feria, habían pasado las navidades que ese año se celebraron tristemente porque

todo mundo andaba preocupado por los acontecimientos. Estábamos en febrero de 1811, en pleno invierno.

Yo me había puesto a jugar rayuela aquel día. En el Mesón, que quedaba junto a los cuartos que ocupábamos mamá y yo, no había ningún huésped. Nadie con quién platicar o distraerme. Estaba aburrido cuando escuché que alguien llamaba a la puerta fuertemente.

—Ignacio —me gritó mamá desde la cocina—. ¡Ve a abrir!

Era un señor grande, uno de los oficiales del Ejército Insurgente que quería rentar cuartos para que se hospedaran en ellos los que venían con el padre Hidalgo que dormiría en la casa del señor Royuela.

Mamá y yo nos pusimos a trabajar, a limpiar las habitaciones y a preparar comida. En la tarde llegaron los demás. Mientras servíamos la cena, los escuchaba platicar intranquilos y nerviosos.

—Hidalgo quiere presentar su renuncia como jefe del Ejército Insurgente —dijo uno de ellos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer, entonces? —preguntó alguien más.

—Pienso que nuestra única opción será nombrar a Ignacio Allende como su substituto —respondió un oficial en tono firme.

Un mes después, ellos se fueron del Mesón. Me pareció entender en una de sus pláticas que iban a Estados Unidos para comprar armas y parque. Después supimos que en Baján les habían preparado una emboscada y la villa recibió con tristeza la noticia de la muerte del padre Hidalgo. Sin embargo, con tantos acontecimientos, no fue sino hasta 1821 que el regidor José María González proclamó la Independencia de la Villa de Santiago del Saltillo.

Luego vinieron años difíciles para Coahuila. El Saltillo había dejado de

pertenecer a la provincia de Nueva Vizcaya en 1785, y había pasado a formar parte de la de Coahuila, cuya capital era Monclova. Gracias a las gestiones de Miguel Ramos Arizpe se había conseguido que Saltillo fuera la capital del estado. Por este motivo hubo pleitos en las calles con los vecinos de Monclova que no querían que se les quitara la capital.

Poco tiempo después le cambiaron el nombre a la villa, que dejó de serlo para convertirse en una ciudad llamada Leona Vicario, y a San Esteban de la Nueva Tlaxcala lo bautizaron con el nombre de Villalongín. Estrenamos nombres en 1827.

Gracias a los pleitos con el padre Nogueira, finalmente, y a base de sus coscorrones, yo había aprendido mis lecciones, así que leí con gusto aquel primer periódico de Leona Vicario que se llamaba Gaceta Constitucional de Coahuila y Texas.

Con el paso de los años, en 1831, celebramos en la plaza de armas la unión de las dos villas: la tlaxcalteca y la española, las cuales se juntaron en una sola ciudad a la que se le llamó Saltillo.

La ciudad prosperaba, pero aún no llegarían para ella los tiempos de completa paz. Para entonces ya me encargaba del Mesón del Huizache. Mamá había muerto de una epidemia de cólera morbo, conocida como "el cólera grande" porque mató a mucha gente en la ciudad y en el país. Me hubiera gustado que ella viviera para cuando se estrenaron las farolas de gas de la calle del Huizache; se veía tan bonita el día que pusieron el alumbrado público.

Desde entonces, los vecinos empezamos a salir a pasear al anochecer y dejamos de encerrarnos a piedra y lodo por las noches, pues ahora podíamos tomar el fresco y contemplar con orgullo las farolas encendidas.

En aquel tiempo se estrenó también el reloj público de la Iglesia del Santo Cristo. Las campanas se alzaron a vuelo una vez que estuvieron terminados los trabajos de instalación de la máquinaria. Por la noche se organizó una verbena en el atrio de la catedral y por la calle del Huizache, que era la única que tenía farolas. Las señoritas paseaban por ahí con sus vestidos llenos de encajes y los caballeros se quitaban el sombrero para saludarlas.

Sin embargo, Saltillo seguía siendo una ciudad tranquila y sencilla. Las calles aún no estaban empedradas. La mayoría de las casas eran de adobe sin enjarrar, con techos de paja y pisos de tierra apretada. Sólo en el centro de la ciudad había casas más elegantes.

Éramos la capital de un estado muy grande, del extenso territorio que cubría los estados de Coahuila y Texas, y por eso casi no teníamos comunicación con los vecinos de ciudades como Béjar que estaban tan lejos. También por ese motivo, el presidente de la República, que en ese entonces era Santa Anna,

empezó a perder control sobre las partes más lejanas del estado, como era la región de Texas.

A partir de esos años, el Mesón del Huizache alojó en él a huéspedes nacionales y extranjeros. Los primeros en llegar fueron los del ejército de Santa Anna que venían de pasada hacia Texas para pacificar a los vecinos de esas tierras que querían separarse de México y hacer su propia nación. Cuando ellos se fueron, tiempo después, estuvieron hospedados durante dos años en el Mesón los del ejército norteamericano que habían tomado la ciudad en 1846.

Para entonces yo ya tenía hijos y ahora eran ellos los que miraban curiosos a los huéspedes que discutían en inglés sobre sus planes y proyectos. Sólo les entendíamos la palabra "Angostura" y fue ahí, un lugar cercano al sur de la ciudad, donde hubo un enfrentamiento entre las tropas norteamericanas y las nuestras. Después de esta batalla los estadounidenses se fueron, pero habíamos perdido la mitad de nuestro estado y la parte de Texas sería ahora de los Estados Unidos.

Durante la época que estuvieron los norteamericanos, muchas familias habían salido de Saltillo porque tenían miedo de vivir entre tantos pleitos. La ciudad estaba triste. Todo el mundo se encerraba en sus casas y ya casi nadie paseaba en la noche por la calle del Huizache. Ni siquiera las fiestas del 6 de agosto o la del Santo Cristo del Ojo de Agua, que se celebraban siempre con alegría, se vieron concurridas durante esos dos años.

Los extranjeros se habían ido, pero todavía no acabábamos de estar tranquilos porque tiempo después vendrían otros. En 1855 llegaron a Saltillo los de Nuevo León que, al mando de Santiago Vidaurri, tomaron la ciudad y decidieron que el estado de Coahuila pasaría a formar parte del suyo.

Además, en el centro del país Benito Juárez se enfrentaba a los franceses y al

gobierno de Maximiliano, así que la siguiente visita del Mesón del Huizache fue la de algunos de los miembros del gobierno de Benito Juárez, quien había venido a dar acá huyendo de las tropas francesas, en 1864. Acá estableció Juárez su gobierno y le dio independencia a Coahuila, separándolo definitivamente de Nuevo León.

Apenas se acababa de ir Juárez de Saltillo cuando llegaron los franceses. Mis hijos eran ya mayores, así que ahora eran mis nietos los que venían a visitarme al Mesón para escuchar el parloteo de los franceses a los que no les entendíamos nada. Ellos estuvieron aquí durante un año y construyeron el Fortín de Carlota.

En el país había tantos problemas que finalmente, dos años después de que se habían ido los franceses, decidimos que ahora seríamos los que iríamos al sur para pelear contra ellos. Para esto se formó el primer regimiento de soldados y hubo un gran ajetreo en la ciudad. Algunas señoritas de sociedad se pusieron a bordar la bandera que llevarían los soldados coahuilenses y cuando la hubieron terminado se abanderó, en solemne ceremonia y con flamante insignia, al Primer Regimiento Ligero de Coahuila, entre los sollozos y lagrimeos de algunas damas saltillenses.

Para entonces, Saltillo empezó a estar más comunicado con el resto del país. Se había construido una terminal de diligencias que era entonces el único medio de viajar de una ciudad a otra, aunque fuera lento. Se instaló el telégrafo con Monterrey y con San Luis Potosí, así que podíamos saber más fácilmente qué estaba sucediendo en el centro de la República.

Se empezaron a abrir escuelas para los menores. Las niñas podían asistir a la escuela de la señorita Delfina Treviño y los jesuitas abrieron el colegio de San Juan Nepomuceno para niños. Los muchachos podían continuar sus estudios en el Ateneo Fuente que inició sus cursos en 1867. En Saltillo había ahora

maestros preparados y cultos. Sin embargo, el gran maestro seguía siendo, para mí, aquel padre Nogueira al que siempre recordé con gran cariño a pesar de los varazos y regaños, de su carácter estricto y gruñón.

# Victoriano Dávila, obrero textil

MIS CHAMACOS IBAN EMOCIONADOS. Su mamá se había esmerado en bañarlos y arreglarlos para que fuéramos a la estación. Iban bien relamidos y peinados. Nos subimos a uno de aquellos tranvías de mulas que empezaban a circular entonces para cruzar la ciudad. El tren llegaría a la estación que habían construido en las afueras de Saltillo.

Era el 16 de septiembre de 1883. La gente de la ciudad andaba alborotada y por todos lados se habían colocado mantas de bienvenida, banderas de papel y adornos para recibir al tren. Cuando llegamos había un gentío que, al igual que nosotros, esperaba la llegada del ferrocarril. Se hablaba del asunto.

—Dicen que es enorme, comadre —comentó una mujer que hablaba con otra junto a mí—. Que hace ruido y echa humo, que es un contento.

—Quién lo dijera, comadrita —respondió su vecina—, que nos iba

BIENVENIDO TREN

a tocar presenciar estos adelantos. Cuando éramos niñas qué nos íbamos a imaginar esto. Saltillo ha cambiado tanto; qué hace que andábamos peleando contra los apaches y comanches.

—¡Uy, todavía me acuerdo de la Indiada Grande, comadre! Fue la última vez que defendimos la ciudad de los indios. Eran 184 y yo era así de chamaquilla, entonces —la comadre señaló con el dedo la estatura mientras que su amiga la miraba absorta.

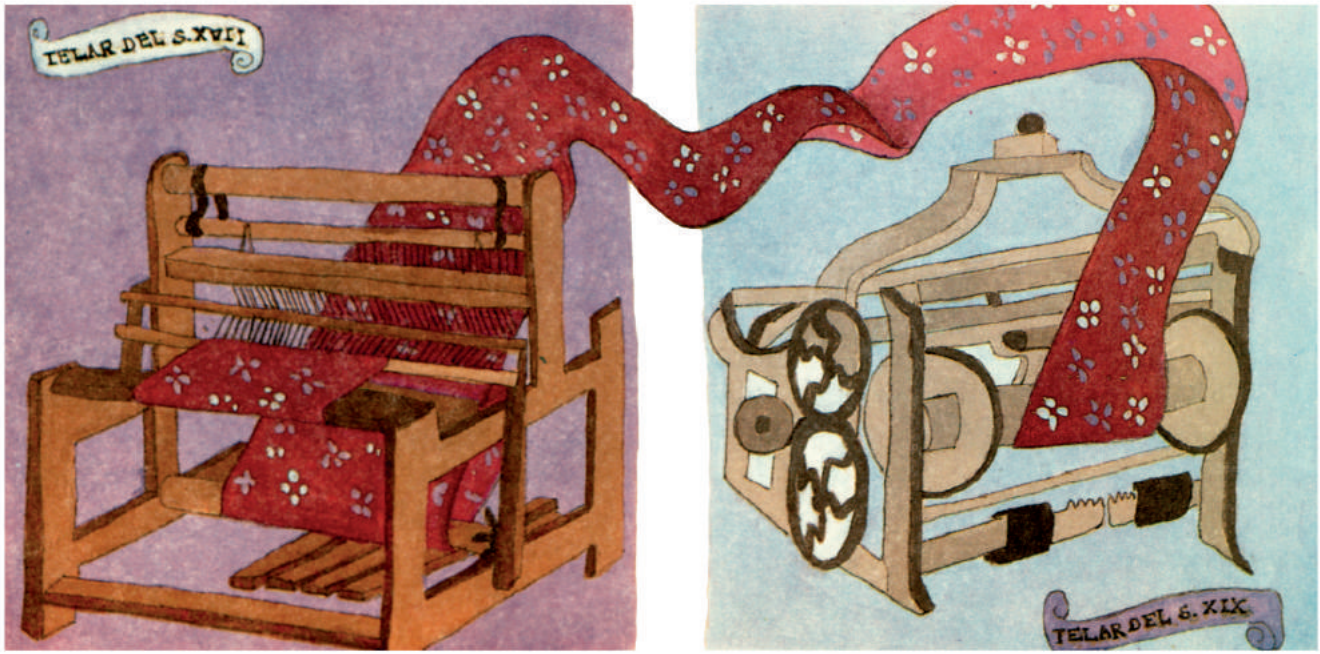
Los niños andaban bien inquietos. Corrían de un lado para otro y mi mujer y yo teníamos que estar pendientes, no fuéramos a perder a uno de ellos entre la multitud.

Al gobernador, que en ese entonces era Evaristo Madero, se le había construido en la estación un entarimado que adornaron las señoras con banderas tricolores, listones y cadenas de papel. Desde ahí, junto a otros señores importantes de la cuidad, de esos que vestían muy bien, daría el discurso de bienvenida al Ferrocarril Nacional Mexicano.

Cuando entró el tren quedamos pasmados, aunque no faltó quien se echara a correr del susto. Nadie se lo imaginaba tan imponente. Era aquel un animalote de fierro que pitaba con estruendo y con justa razón hubo señoras que, al verlo, salieron espantadas de la estación diciendo que era el mismísimo diablo, mientras que algunos de sus chamacos lloraban nerviosos.

Para recibir al tren, los de la Sociedad Filarmónica empezaron a tocar la Marcha Zaragoza, pero nadie les hacía caso. La multitud estaba cada vez más exaltada, así que para calmar los ánimos empezaron a tocar el chotis de Los Enanos y a entonar frenéticamente el estribillo: "Ya los enanos, ya se enojaron porque a su nana la pellizcaron."

Cuando finalmente se calló la banda,




el gobernador dio un solemne discurso. El tren, símbolo de progreso, llegaba a Saltillo. Con él se terminaba una época y empezaba otra.

Con el tiempo fuimos comprobando que con aquella locomotora iban llegando grandes cambios para la ciudad. Durante el año, el ferrocarril facilitaba el transporte de mercancías en forma rápida y efectiva, así que poco a poco las ferias que se celebraban para comerciar con productos que sólo conseguíamos una vez al año, fueron perdiendo importancia.

Se empezaron a abrir fábricas y comercios, pues ya podíamos enviar fácilmente nuestros productos al resto del país. Ya desde antes de que llegara el tren, en Saltillo existían fábricas de hilados y tejidos. Sin embargo, se abrieron más con el arribo del ferrocarril.

Yo trabajaba en una de esas empresas, en La Aurora, que estaba localizada en las afueras de Saltillo, donde había mucha agua, junto a otras que se dedicaban a lo mismo, como La Hibernia.

Algunos de los más antiguos empleados en la industria textil platicaban de la forma en que desempeñaban su trabajo. A ellos, a los viejos, les gustaba reunirse después de las horas del trabajo a fumar un cigarro de hoja y conversar lentamente. Nosotros, los más jóvenes, les teníamos respeto porque eran expertos tejedores y sabíamos que tenían cosas que enseñarnos, así que nos acercábamos a oír sus charlas:

> —Me platicaba mi abuelo —decía uno de ellos con parsimonia— que a él le había tocado oír, cuando era niño, a los viejos de entonces que hablaban del primer telar mecánico que trajeron a una feria. Contaba que decían que se había armado escándalo con aquel telar en el que todavía tejieron los tlaxcaltecas y que mi abuelo también usó.
> —Si hubieran visto ellos los telares tan modernos que ahora tenemos, don Manuel, imagínese nomás. Aquellos eran en definitiva otros tiempos —agregaba el amigo con nostalgia.

Otra de las industrias más antiguas de Saltillo, y que también prosperó durante estos años, fue la de los molinos de trigo. A mí me había tocado jugar de niño entre las ruinas de los que habían sido antiguos molinos de los españoles, como el de Juan Alonso o el de Juan Navarro, donde hasta nos gustaba jugar a los aparecidos. Ahora, esos antiguos molinos habían sido sustituidos por otros más grandes y con maquinaria moderna, como El Labrador, El Fénix o La Purísima.

Los artesanos que se dedicaban a hacer ladrillos cambiaron completamente su forma de trabajar cuando, en 1895,

la Casa Dámaso Rodríguez construyó una ladrillera con maquinaria y hornos nuevos. También ellos, igual que los que nos dedicábamos a los textiles, vieron que se modernizaba su trabajo.

Junto a estas fábricas se abrieron otras más pequeñas como las de calzado, papel, cerveza, galletas y pastas, cigarros de hoja y una que nos daba gran curiosidad: una fábrica de hielo. En aquella época conocíamos nada más el hielo de los inviernos, los carámbanos que se hacían en los árboles cuando bajaba la temperatura, pero nunca habíamos visto los bloques gigantes que se empezaron a elaborar en el Saltillo de entonces, así que había gente que iba a verlos salir, fresquecitos, como si se tratara de pan recién salido del horno.

Junto a aquellos adelantos de la industria, la ciudad también se actualizaba. En 1891 se fundó la Compañía de Luz y Fuerza Motriz Eléctrica de Saltillo, que instaló el alumbrado público y luego la luz de las casas. El día que por primera vez se encendieron los faroles de la calle, todos habían salido de sus casas. No faltaban por ahí las viejitas que también dijeran que aquello de la luz eléctrica era cosa del diablo, las muchachas que se colocaban bajo las farolas para que nadie perdiera de vista su nuevo sombrero y las señoras que habían sacado hasta a sus niños de pecho para que vieran brillar, en medio del alboroto general, los focos de la plaza pública.

Los músicos de la Sociedad Filarmónica, que hasta entonces habían dado las serenatas bajo la tenue luz de las farolas de gas, se entusiasmaron aquel día y tocaron con fervor, más fuerte que nunca, los valses y las mazurcas.

Poco tiempo antes se habían inaugurado las banquetas de la ciudad, y se habían puesto placas con los nombres y los números de las casas. Por orden del Ayuntamiento, todo mundo blanqueó sus casas y Saltillo se iba viendo cada vez más bonito. Finalmente, se empe-

draron las calles y se empezó a trabajar en las obras de agua y drenaje.

Las damas de la sociedad estaban contentas y hasta me tocó oír a una que iba diciéndole a su amiga:

> —Hasta que podemos pasear por la calle sin que se ensucien de lodo o de polvo los encajes de nuestras faldas. A las mujeres pobres qué más les daba que se ensuciaran sus enaguas corrientes, pero una manchando estos encajes de Bruselas tan finos. Yo por eso, de plano casi no venía a las serenatas. Ahora sí, da gusto salir a la calle, ¿no crees?

Por aquellos días la gente paseaba por la ciudad. Los domingos iban a los merenderos a tomar pan de pulque y curado de almendra, y hasta hubo una vez que a los ciudadanos nos tocó ver, con las miradas asombradas y los rostros vueltos al cielo, engarrotados, una función acrobática en globo.

En mi época, a la gente le gustaba el teatro y la ópera; disfrutaba la música o las lecturas. Casi todos sabían de memoria varios poemas cuando no eran ellos lo que escribían. Asistían al Teatro Acuña, al Zaragoza o al Saltillo. Mi mujer era afecta a las candilejas, pero yo no podía llevarla seguido, pues tenía bocas que mantener y el dinero no alcanzaba para diversiones. Sin embargo, hice con esfuerzo, un ahorrito y la llevé a ver El pasado, una obra del famoso poeta saltillense Manuel Acuña.

Mi mujer lloró y lloró durante la función. Yo, la verdad, no entendía qué estaba pasando. ¡Me había costado tanto trabajo juntar el dinero para que mi señora viniera a lagrimear al teatro! Ahí veíamos a personas elegantes. Los señores vestían con sombrero de bombín y las señoras con esas almohaditas que se ponían en el trasero y con las que se veían tan curiosas. Mi mujer se quedaba extasiada con aquellos vestidos finísimos y sombreros que las señoras

traían del extranjero y a mí no me gustaba mirar su cara embobada con las joyas y los encajes porque me daba rabia no tener centavos suficientes para comprarle un vestido de esos.

Uno de esos días llegó a Saltillo un hombre que andaba viajando por el país para "entretener a la gente", según él mismo decía. Aquel hombre misterioso se negaba a hablar sobre lo que estaba haciendo en la ciudad. Rentó una casa vieja del centro, pues iba a montar ahí un espectáculo qué, según sus propias palabras, "no olvidaríamos en el resto de nuestras vidas."

Finalmente, una mañana salió de su casa resuelto a colocar un letrero de manta sobre la puerta: "Linterna Mágica. Asista usted al espectáculo más moderno y excitante que jamás haya visto". Cuando terminó de colocar aquel anuncio se puso a gritar a voz en cuello:

—¡Venga, venga! No pierda la oportunidad de conocer los países más exóticos del mundo. ¡Venga, venga! Extravagantes animales y paisajes divinos. Sea un moderno testigo de los adelantos del siglo XIX.

La gente que entraba a ver la Linterna Mágica salía entusiasmada, de modo que casi nadie se perdió aquella representación. De un aparato al que él llamaba proyector, salía una especie de chorro de luz del cual quedaban retratados sobre una manta animales y habitantes del mundo que buena parte del público ni siquiera sabíamos que existían, que pisaban el mismo planeta que los saltillenses.

—Las pirámides de Egipto —iba anunciando aquel hombre conforme aparecían los retratos—; un dromedario; la fabulosa Muralla China; un asiático; París, la ciudad luz.

Después de algún tiempo en Saltillo, el extranjero se fue hacia otra ciudad para montar allá su espectáculo. Con tristeza, pues ya no íbamos a disfrutar el fabuloso espectáculo, vimos partir a la Linterna Mágica en una carreta tirada por mulas.

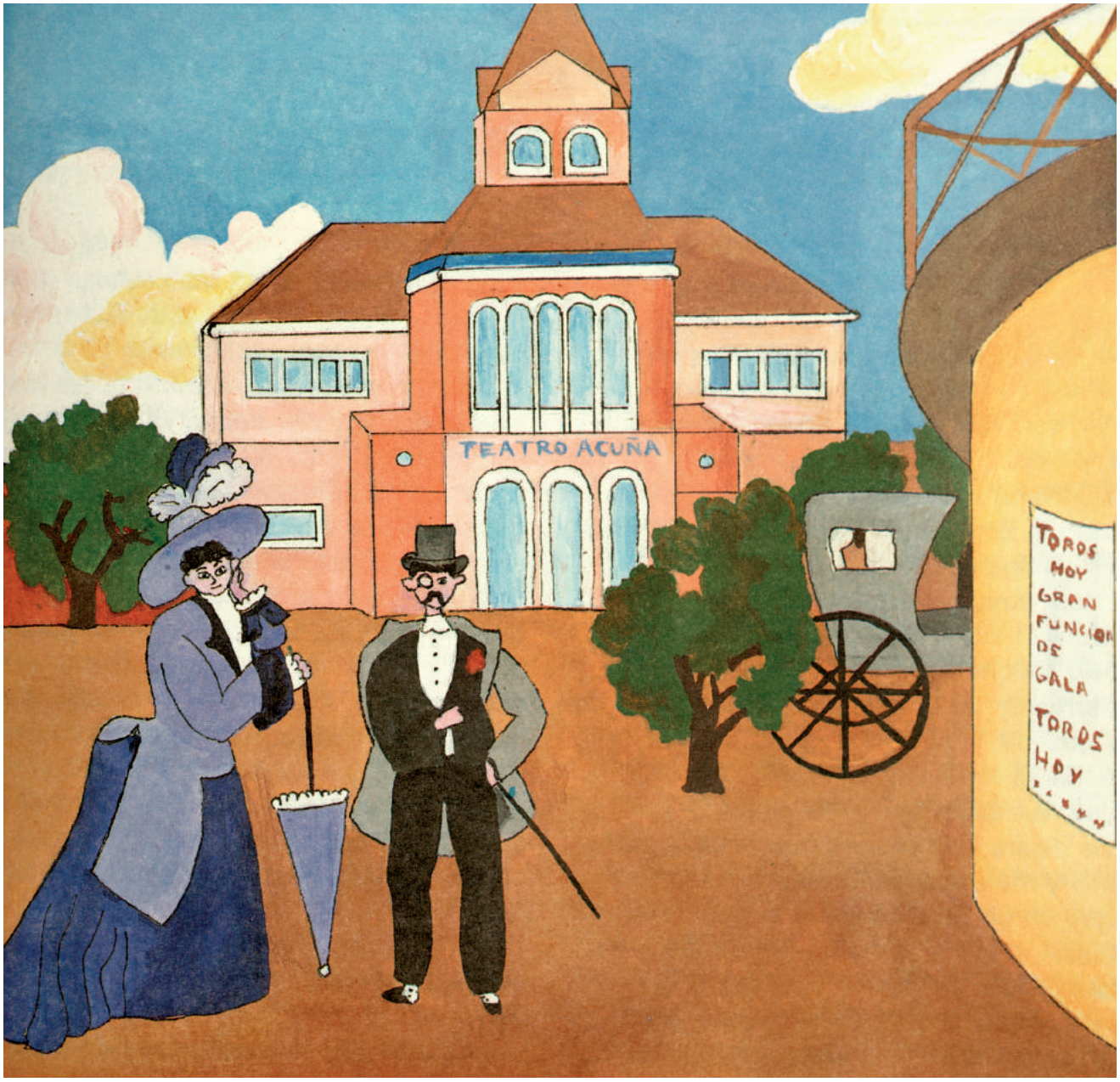
El comercio también prosperaba. Ya para entonces se había inaugurado la Ferretería Sieber y la conocida Casa Dámaso Rodríguez había construido un gran y bello edificio en las calles de Allende y Galeana.[4] Se fundó el Banco de Coahuila en 1897 y empezaron a construirse las primeras casas tipo chalet que tenían los cuartos agrupados y a las que generalmente rodeaba un jardín bien cuidado.

Sin embargo, entre los que entonces eran dueños de chalet y nosotros, la gente del pueblo, había cada vez más diferencias. Ellos, los ricos, iban a bailes de postín en el Casino de Saltillo. Los jóvenes adinerados a los que llamábamos "catrines", organizaban cacerías de zorras para las que se vestían elegantemente que dizque porque eran costumbres refinadas que ellos habían aprendido en los países europeos a los que iban a estudiar, mientras que, en la ciudad, había montones de chamacos descalzos que ni siquiera sabían leer o escribir.

Yo, como todos los obreros, trabajaba muy duro en la fábrica. Me sobaba el lomo y seguía igual de pobre. No obstante, prefería ser empleado a trabajar la tierra porque los medios para ganarse el sustento en el campo eran cada vez más difíciles. La gente empezaba a sentirse inconforme.

Gobernadores, como José María Garza Galán, ocupaban su cargo una y otra vez de tal modo que el gobierno seguía siendo siempre el mismo y no veíamos mejoría. En Coahuila ya se dejaba sentir el malestar porque en lugares cercanos a Saltillo, como Viesca, Las Vacas y Jiménez, la gente se había

4 Ahora se llama Juan Aldama.


TEATRO ACUÑA
TOROS
HOY
GRAN
FUNCION
DE
GALA
TOROS
HOY

rebelado para protestar, pues no estaba nada conforme con lo que sucedía.

Esto se sentía también en Saltillo, se respiraba en el aire una especie de desasosiego y yo me acuerdo de haberlo sentido con más fuerza cuando una de aquellas noches, en que habíamos ido a la serenata de la plaza, empezamos a oír unos gritos de auxilio a unas cuadras de donde estábamos. La gente que paseaba por la plaza corrió hacia aquel lugar para encontrarse con que se incendiaba el Teatro Acuña. Enormes lenguas de fuego y bocanadas de humo salían por las ventanas.

A esas alturas del incendio ya no podíamos hacer nada y, sin embargo, hubo uno que otro ingenuo que corrió a traer tinas de agua para apagar la lumbre y se rindió luego ante la magnitud de la quemazón. Observábamos aquel espectáculo en silencio, sintiendo quizá que aquel incendio presagiaba tiempos difíciles. Había empezado el siglo XX, estábamos en 1902 y unos cuantos años después se desataría la lucha armada de la Revolución Mexicana.

# Jesús Mejía, estudiante y revolucionario

Recuerdo bien aquel día de 1903, como si hubiera sido ése el que marcara el rumbo que luego iba a tomar mi vida. Yo era casi un niño, apenas empezaba a perder mi voz aguda para cambiarla por una más ronca, por la voz de un muchacho. Comenzaba a salirme un bigote ralo y ridículo que a mí me gustaba presumir entre los amigos como si fuera éste el símbolo de mi mayoría de edad.

Vivía entonces en casa del tío Marcelino, hermano de mamá. Él nunca se había casado y se dedicaba al comercio. Como mamá enviudó joven y tenía cinco criaturas que mantener, el tío le pidió que me dejara vivir con él, que pagaría mis estudios y me ayudaría a seguir una carrera para que en un futuro me encargara de sus negocios.

Mamá vivía en Parras y se dedicaba a coser para sacar adelante a sus hijos y, aunque le costó trabajo, acabó por aceptar la oferta de Marcelino y me vino a dejar a Saltillo, a la casa de su hermano, para que empezara la primaria.

Pronto me adapté a la forma de vida de la casa del tío y a la ciudad. Iba al colegio jesuita de San Juan Nepomuceno donde estudiaban los niños más adinerados de Saltillo. Algunos de los alumnos de aquella escuela eran presumidos, pero encontré otros que eran amables y con quienes hice buenos amigos. Sin embargo, yo era más bien tímido y no me gustaba estar entre mucha gente. Disfrutaba, en cambio, la soledad de mi cuarto, mis libros y a los dos o tres amigos que tenía.

Ya estaba estudiando la secundaria, cuando aquella mañana llegó el tío hasta mi cuarto donde yo estaba leyendo para decirme:

—Hoy por la noche iré al Hotel de Coahuila a presenciar un espectáculo que, según dicen, es inolvidable y quiero que me acompañes. Es una ocasión especial, por lo que asistirá lo más distinguido de la sociedad de Saltillo. Te he comprado este traje para que lo estrenes —me dijo en tono imperativo y salió del cuarto agregando: —Quiero que estés listo a las 8. Yo vendré a recogerte.

Aquel día se exhibiría por primera vez en Saltillo una función del Biógrafo Lumiere. Sobre ese aparato, yo había oído hablar a uno de mis compañeros de escuela que lo conoció en un viaje a la ciudad de México. Decía que era algo extraordinario, que se parecía a la Linterna Mágica pero que, a diferencia de ésta, proyectaba movimiento.

Yo estaba emocionado porque presenciaría aquel espectáculo, sin embargo, me sentía inquieto de imaginar a aquella gente elegante que tendría que ver, sentía como si fuera a pasar una difícil prueba.

Callado y nervioso llegué con el tío hasta el salón del Hotel de Coahuila y me senté en una de las sillas que habían colocado frente a la pantalla. Las

muchachas entraban acompañadas de sus papás y sonreían con disimulo a los jóvenes. Los señores, entre ellos el tío Marcelino, hablaban de sus negocios y las señoras conversaban de las últimas novedades de la moda o de los eventos sociales que acababan de suceder en Saltillo. El tío me presentó con algunos de sus amigos.

—Es un estudiante brillante —les decía con orgullo—, pero algunas veces me desespero con él. "¡Se te está yendo la vida, muchacho!," le digo, "no puedes estar todo el tiempo con las narices entre las páginas de un libro," —agregaba en tono de broma, mientras yo me apenaba.

El salón del hotel estaba adornado con flores y habían traído a unos violinistas para que amenizaran el ambiente mientras empezaba la función. Todo era alegría, risas y buenos modales, pero yo me sentía cada vez más incómodo, así que cuando se apagaron las luces para dar principio a la función me sentí aliviado.

Vimos la película del casamiento del rey Alfonso XIII. Las muchachas suspiraban con las modas europeas, las señoras añoraban pertenecer a esa sociedad aristocrática y los señores admiraban las finas maneras de los caballeros que aparecían en la pantalla.

Desde aquel día empezaron los problemas con mi tío. No me había gustado nada estar entre aquella gente y desde entonces me negaba, cuantas veces me era posible, a asistir con el tío a cualquier evento social. A él, en un principio y mientras yo era todavía chamaco, no le importó, pero poco a poco empezaba a incomodarse con mi encierro.

—Tienes que aprender a tratar a la alta sociedad —me decía en tono de reprimenda—. Es por tu propia conveniencia, por tu futuro.

A mí no me habían gustado los modos de aquella sociedad, no me había gustado que se sintieran los dueños del estado para siempre y que no vieran que a su alrededor la gente estaba intranquila.

Entré a estudiar preparatoria al Ateneo Fuente y cada vez entendía menos a mi tío, de modo que la relación con él se iba complicando.

—¿No te gustan las muchachas? —me preguntaba con sarcasmo—. Deberías irte buscado una de esas señoritas elegantes para esposa.

Mientras esto sucedía en casa de mi tío, afuera las cosas tampoco iban nada bien. En mis vacaciones, cuando yo iba a visitar a mi madre, había tenido la oportunidad de hablar con algunos campesinos. Casi todas las tierras de Coahuila eran de unos cuantos dueños, los más ricos del estado, y muchos de los campesinos estaban desesperados porque no les alcanzaba para alimentar a sus hijos. Ganaban 35 centavos diarios; no eran suficientes ni para comprar la comida para sus familias. Ellos se endrogaban en las famosas "tiendas de raya", donde adquirían tantas deu-

das, que no alcanzaban a pagar en toda su vida.

En la ciudad también se ganaba poco dinero, entre 25 centavos y un peso al día. No había aumentos de sueldo y la vida estaba cada vez más cara. Buena parte de las industrias de Coahuila, como las minas, fundiciones y bancos, pertenecían a extranjeros que ganaban dinero para luego llevárselo fuera del país. En la presidencia de la República se había instalado Porfirio Díaz, quien terminaba un período presidencial y era reelegido una y otra vez, así que las cosas no cambiaban.

Junto a aquel ambiente de intranquilidad, decidí que estudiaría la carrera de leyes, que eso me ayudaría a entender mejor lo que estaba pasando, a colaborar en algo para mejorar, quizá, la situación. El tío Marcelino se puso furioso porque él quería que estudiara comercio. Sin embargo, fue tal mi insistencia que no tuvo más remedio que aceptar mi decisión.

Por aquellos años Francisco I. Madero había fundado un club político para enfrentarse a Porfirio Díaz. Los miembros de esta asociación no eran vistos con buenos ojos por el gobierno y por eso tuvieron que luchar para hacerse escuchar.

Los había visto entrar varias veces a aquella casa que quedaba junto a la Iglesia de San Francisco, sin animarme a hablar con ellos, hasta que un día me les acerqué. Me explicaron que el club funcionaba sobre todo para evitar la reelección de Porfirio Díaz, para conseguir que México tuviera otro presidente y para mejorar con esto el estado de inquietud del país.

> —Yo tampoco estoy de acuerdo con Díaz —les dije—. No confío en su palabra y no creo que vaya a hacer algo para mejorar a la nación, por esto quisiera pertenecer al club antireeleccionista.

Ellos me aceptaron de inmediato, pues necesitaban gente que los ayudara. En casa de mi tío las cosas iban de mal en peor. Él se había inscrito en un club que, al contrario del mío, apoyaba al presidente Díaz. Empezaron a surgir muchas sociedades políticas como la nuestra. Algunas querían que Díaz volviera a ser presidente, otras luchaban por que la silla presidencial fuera ocupada por otro.

Yo le había ocultado a mi tío que pertenecía a un club antireeleccionista, pero llegó el momento en que no tuve manera de guardar el secreto y le dije la verdad. Él se enojó muchísimo conmigo.

> —Y yo que he luchado tanto por hacerte un hombre de bien —me reclamaba a gritos—. Y ahora resulta que andas con los revoltosos esos. ¡Es el colmo, Jesús!

Para que no saliera más de la casa, me quitó mi sombrero. En aquella época, andar sin sombrero en la calle era como andar desnudo y ningún señor se atrevía a cruzar el umbral de su puerta sin calarse antes el sombrero.

Estuve encerrado durante varios días hasta que me resolví a salir, aunque fuera con vergüenza. Ese día dejé para siempre la casa de mi tío y me fui a vivir a la de uno de mis compañeros del club. Ahí me prestaron un sombrero.

Tiempo después, mi tío y yo volveríamos a hacer las paces. Siempre estuve agradecido con él por la ayuda que me brindó, aunque en una época nuestras opiniones políticas nos separaron.

Se acercaban las elecciones para gobernador de Coahuila. La ciudad se encontraba agitada. Los clubes apoyaban a distintos candidatos y la gente comentaba con insistencia el asunto.

Los antireeleccionistas habíamos decidido apoyar la candidatura de Venustiano Carranza, mientras que los otros apoyaban a Jesús De Valle. El día en que se celebraron las elecciones, la gente se

sintió defraudada porque, a pesar de que Carranza tenía más adeptos, ganó De Valle. Inconformes, muchos de los que hasta entonces habían sido indiferentes a la situación, se inscribieron en los clubes contra Porfirio Díaz.

Francisco I. Madero se lanzó como candidato a la presidencia de la República en 1910. Anduvo de gira por el país para promover su candidatura y vino a Saltillo en junio de ese mismo año. Habíamos hecho una hoja impresa que repartimos entre los saltillenses invitándolos a recibir a Madero y que nos valió una multa de 50 pesos.

No obstante, la gente recibió a Madero; fue a escuchar su discurso y en uno de ellos se armó la tremolina porque la "acordada", que era entonces la policía montada, vino a dispersar a la multitud a golpes de macana.

Algunos campesinos de Coahuila ya se habían levantado en armas y había grupos, como el que dirigía Rafael Cepeda, que ya andaban en la sierra como revolucionarios. Finalmente, después de los problemas, Carranza ocupó el cargo de gobernador de Coahuila en mayo del 1911 y, poco tiempo después, recibiríamos con gusto la noticia de que Madero había sido designado presidente de la República en noviembre de 1911.

Durante esos años, en la ciudad casi no se habían hecho mejoras públicas porque el dinero se destinaba a comprar armas y bastimento para luchar contra los revolucionarios. Sin embargo, a pesar de que Saltillo pasaba por tan difícil momento, la gente seguía arreglándoselas para salir a pasear a la plaza y para ir al teatro que ofrecía funciones aunque en forma más esporádica.

Se pusieron de moda los corridos que hablaban de las historias de los héroes revolucionarios, de las soldaderas y de "los pelones", como se les llamaba a los soldados federales a los que se insultaba con ganas y mucha gracia.

Cuando Carranza entró a la gubernatura las cosas empezaron a mejorar, pero faltaba tiempo para que tuviéramos paz completa. En la capital, en febrero de 1913, el presidente Madero fue asesinado a traición por Victoriano Huerta, quien tomó el poder.

Carranza, apoyado por el Congreso del Estado, mandó a México un telegrama diciendo que el gobierno de Coahuila no reconocía al nuevo presidente. Los que habíamos apoyado a Madero desde Saltillo estábamos decepcionados y enojados, pues Huerta había traicionado a la Revolución y por eso decidimos seguir luchando por ella.

Me inscribí, entonces, a las tropas del Ejército Constitucionalista que nació bajo las órdenes de Carranza para enfrentar a Huerta. Otros grupos de revolucionarios se unieron a Carranza en Arteaga y desde ahí decidieron que tomaríamos la ciudad de Saltillo, donde nos enfrentamos con las tropas federales. Saltillo, como capital del estado, empezó a formar parte de la lucha revolucionaria.

El progreso y la paz que habían existido años antes se interrumpieron a causa de los acontecimientos. Los ferrocarriles eran tomados por los distintos grupos que peleaban y muchas veces el tren no llegaba a Saltillo porque en el camino había sido asaltado por revolucionarios y no podíamos enviar nuestros productos a otras partes del país.

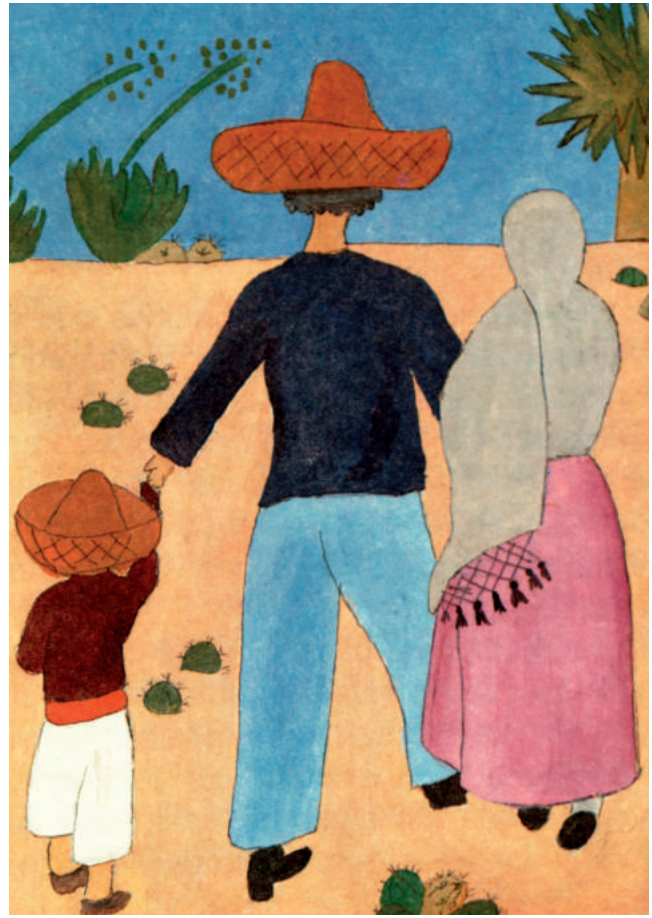
Obreros y campesinos abandonaban sus trabajos para irse a la bola, a pelear contra “los pelones”. Otros, en cambio, preferían irse del país para vivir más tranquilamente en Estados Unidos.

Un jefe revolucionario, Francisco Villa, que había apoyado a los carrancistas contra Huerta, ya no quería que fuera Carranza el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Entonces, Saltillo se convirtió en sitio que pasaba de manos villistas a carrancistas una y otra vez.

Fue hasta 1918 cuando empezamos a vivir en cierta paz. Habían pasado los años de lucha armada durante los cuales Saltillo no había cambiado significativamente su apariencia. Por eso cuando, en 1919, empezaron a adoquinar las calles sentimos como si aquello trajera nuevos días para la ciudad. La vida normal volvía a su cauce.

Para entonces yo ya era abogado y tenía mi despacho al servicio de los campesinos que seguían peleando porque se les entregaran sus tierras y, desde ese despacho, fui testigo de injusticias, pues no todos habían obtenido de la Revolución lo que ésta había prometido.

Pronto, aquellos adoquines que se colocaron años antes en las calles de la ciudad, fueron maltratados por las llantas de los primeros automóviles que llegaron a Saltillo. Buicks, Fords y Packards desfilaban por las calles principales, como si fueran animales raros ante la mirada curiosa de los habitantes.



Las modas cambiaban y la gente se modernizaba. Las mujeres acortaban su pelo y sus faldas de tal manera que paseaban por la calle de Victoria y la Alameda mostrando sus pantorrillas, causado escándalo entre algunos de los

paseantes. Ellas usaban polvos de arroz y colorete en los labios, mientras que los muchachos aprendían los pasos de charlestón para no perder figura en los bailes.

Habían llegado los años veinte que, con sus cambios, se empezaron a hacer presentes en Saltillo. Los días más difíciles de la Revolución habían pasado, pero aún quedaba mucho por hacer.

# Y para terminar

Saltillo ha cambiado desde los años veinte del siglo xx. Sin embargo, todas las cosas que nos rodean en la ciudad tienen su historia.

En verano, cuando es época de fruta, las señoras de Saltillo, siguen haciendo conservas y dulces como aquellos que se hacían en la época de San Esteban de la Nueva Tlaxcala. Las fábricas de hilados y tejidos, ahora con telares computarizados, siguen la tradición de nuestros abuelos y en los molinos contemporáneos se hace la harina como la hicieron los españoles.

Saltillo sigue siendo, como lo imaginó Alberto Del Canto, un cruce de caminos. Pero también la vida moderna se ha encargado de destruir casi por completo a otras de nuestras tradiciones. Tal es el caso, por ejemplo, de los jorongos y sarapes a los que ya pocos toman en cuenta.

Viven todavía muchos de los testigos de la historia de Saltillo. Tus abuelos o alguno de los viejos del barrio, podrían platicarte cómo era la ciudad cuando ellos fueron jóvenes; cómo eran las calles y en qué se divertían. Pueden ha-

blarte sobre las ocupaciones de la gente de entonces o en relación a los problemas a los que se enfrentaron. Luego, tus padres pueden contarte sobre años más recientes. Te toca a ti buscar ahora a los testigos que puedan terminar esta historia donde la dejó nuestro último personaje: Jesús Mejía.

A últimas fechas llegaron las grandes fábricas de coches, llegó también el avión, las computadoras y el internet. Tú lo has vivido, eres testigo de esta época. Eres, como los que vivimos en Saltillo en el siglo XXI, el que está haciendo nuestra historia.

# Algunas palabras difíciles

*Antireeleccionistas*: los que se oponen a que una misma persona ocupe por más de una vez un cargo público.

*Arcabuz*: arma de fuego antigua, semejante al fusil.

*Ayuntamiento*: grupo de personas que administra el municipio.

*Batea*: bandeja.

*Barraca*: casa pequeña y rústica.

*Cabildo:* funcionarios del Ayuntamiento escogidos por elección popular.

*Cardar*: preparar para hilado las materias textiles.

*Constitucionalistas*: ejército formado en Coahuila por Venustiano Carranza para oponerse a Victoriano Huerta.

*Criollo*: nacido en América de padres españoles.

*Federales*: ejército que sostiene a los distintos gobiernos mexicanos durante el siglo XIX y que fue sustituido en 1914 por el Ejército Constitucionalista.

*Fortín*: fortaleza pequeña.

*Guarnición*: tropa que defiende una población.

*Insurgentes*: quienes lucharon a favor de la Independencia de México.

*Mestizo*: nacido de la fusión de sangre española e indígena.

*Obraje*: taller.

*Parián*: mercado.

*Señorío*: territorio que está bajo el dominio de un señor.

*Virrey*: individuo que gobierna un estado en nombre del rey.

# Índice de nombres y lugares

*Acuña, Manuel:* poeta romántico saltillense del siglo XIX, autor de los poemas "Nocturno a Rosario" y "Ante un cadáver".

*Alonso, Juan*: acompañó a Alberto Del Canto en su expedición y construyó uno de los molinos más antiguos de Coahuila.

*Allende, Ignacio*: militar mexicano que, con Hidalgo, encabezó la guerra de Independencia. Intervino en los combates de Montes de las Cruces y Puente de Calderón. Murió fusilado.

*Baján*: población coahuilense donde fueron aprehendidos en 1811 Hidalgo y Allende, principales caudillos de la Independencia.

*Béjar*: actualmente ciudad de San Antonio, Texas. Fue fundado el 5 de mayo de 1718 por un grupo de expedicionarios que partió de la villa de Santiago del Saltillo.

*Canto, Alberto del*: aventurero nacido en la isla Terceira, de Portugal. Siendo joven se trasladó a la Nueva España. En 1577, capitaneando a un reducido grupo de expedicionarios, fundó la Villa del Santiago del Saltillo, de la que fue el primer alcalde mayor.

*Carranza, Venustiano*: político mexicano que derrotó a Victoriano Huerta. Fue presidente electo de 1917 a 1920, año en que lo asesinaron. Convocó en Querétaro el Congreso que promulgó la Constitución de 1917, aún vigente.

*Castaño de Sosa, Gaspar*: conquistador portugués que radicó por algún tiempo en la Villa de Santiago del Saltillo. Organizó una expedición para buscar las minas de la Gran Quivira y las Siete Ciudades de Cíbola, pero sólo encontró tierras áridas y desérticas. Fue hecho prisionero por Juan Morlete y desterrado a las islas Marianas, donde murió trágicamente.

*Cázares, Xicoténcatl, Diego*: uno de los principales indios tlaxcaltecas que se establecieron en el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala.

*Cedral*: población perteneciente al estado de Zacatecas.

*Cepeda, Rafael*: jefe del movimiento maderista en Coahuila y posteriormente gobernador de San Luis Potosí. Partidario de Carranza. En 1913 fue hecho prisionero por órdenes de Victoriano Huerta.

*Colmillo:* cabecilla que capitaneó a los indios bárbaros levantados en 1624 contra los españoles afincados en el norte de México.

*Cortés, Baldo*: sacerdote español que acompañó a Alberto Del Canto en su expedición. Fue el primer párroco de la Villa de Santiago del Saltillo.

*Cuencamé*: municipio del estado de Durango que cuenta con minas de oro, plata, plomo, zinc, manganeso, mercurio y antimonio.

*Díaz, Porfirio*: general y político mexicano que participó en la lucha contra la intervención francesa. Fue presidente de México en 1876, de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911. Contra su gestión dictatorial se produjo la revolución de Madero. Murió desterrado en París, en 1915.

*Garza Galán, José María*: militar y gobernador de Coahuila de 1886 a 1893. Fue depuesto a consecuencia de una rebelión en su contra.

*Hidalgo y Costilla, Miguel*: sacerdote, considerado el padre de la Patria. Era párroco de Dolores cuando aceptó la jefatura del movimiento de Independencia. Tras varias batallas fue aprehendido en Baján y fusilado en Chihuahua.

*Huerta, Victoriano*: general y político mexicano que en 1913 asesinó a Madero y se hizo proclamar presidente de la República. Abandonó el poder el año siguiente y se trasladó a Estados Unidos.

*Jiménez*: población del estado de Coahuila, próxima a la frontera con Texas, donde ocurrió el 26 de septiembre de 1906 uno de los brotes revolucionarios anteriores a la revolución maderista.

*Juárez, Benito*: ejerció la presidencia del gobierno liberal contra los conservadores. Durante la guerra de los Tres Años defendió la legalidad republicana. Dictó las Leyes de Reforma y en 1857 la Constitución. Dirigió la lucha contra los franceses. Caído el emperador Maximiliano, fue reelegido presidente de México en 1867 y 1871.

*Linares*: ciudad del estado de Nuevo León.

*López de Santa Anna, Antonio:* general y político mexicano que luchó por la Independencia y encabezó luego una rebelión contra Agustín de Iturbide. Fue presidente de México y jefe del ejército durante la guerra con los Estados Unidos. Vivió un tiempo en Jamaica y regresó a nuestro país para gobernarlo de 1853 a 1855. Finalmente fue desterrado por Juárez.

*Madero, Evaristo*: gobernador del estado de Coahuila de 1880 a 1889. Era jefe de la Casa Madero, cuando este grupo industrial construyó, en 1885, el Molino del Fénix.

*Madero, Francisco I.*: político mexicano que suscribió el Plan de San Luis contra la reelección. Encabezó el movimiento que derribó a Porfirio Díaz. Presidente de la República de 1911 a 1913, fue derrocado por una sublevación militar capitaneada por Victoriano Huerta. Murió asesinado.

*Marín de Porras, Primo Feliciano*: obispo de Linares que en 1810, encontrándose en Saltillo, dirigió una carta pastoral a sus feligreses, amenazando con excomunión a los que ayudaran a los rebeldes encabezados por Hidalgo y Allende.

*Matehuala*: población perteneciente al estado de San Luis Potosí.

*Mazapil*: municipio del estado de Zacatecas que cuenta con minas de cobre, zinc, plomo y mercurio.

*Monclova*: ciudad del estado de Coahuila.

*Morlete, Juan*: conquistador español que desempeñó los cargos de escribano real, familiar del Santo Oficio, protector de indios y alcalde mayor de la Villa de Santiago del Saltillo. Intervino en la aprehensión de Luis de Carbajal, gobernador del Nuevo Reino de Nuevo León, que estaba acusado de invadir jurisdicciones y de judaizante.

*Navarro, Juan*: portugués, alcalde mayor de la Villa de Santiago del Saltillo y uno de sus fundadores. Construyó el primer molino de trigo de Coahuila.

*Nogueira, Ignacio*: presbítero contratado en 1809 por varios vecinos pudientes de la Villa de Santiago del Saltillo para enseñar a sus hijos a escribir y contar, y para impartirles doctrina religiosa.

*Nueva Vizcaya*: provincia del norte de la Nueva España, cuya capital era la ciudad de Durango. La Villa de Santiago del Saltillo estuvo durante tiempo bajo su jurisdicción.

*Nuevo Almadén*: antigua población del norte de México, conocida hoy en día con el nombre de Monclova.

*Núñez Cabeza de Vaca, Álvar*: conquistador español que participó en una expedición por la Florida y el norte de México. Su fértil imaginación le hizo concebir las leyendas de la mina de la Gran Quivira y las Siete Ciudades de Cíbola, que despertaron la codicia de los conquistadores.

*Ramos Arizpe, Miguel*: político y sacerdote. Fue representante de las Provincias Internas de Oriente ante las Cortes de Cádiz. Trajo a Saltillo la primera imprenta. Se distinguió por sus ideas liberales.

*Real Audiencia de la Nueva Galicia*: autoridades judiciales y religiosas asentadas en Guadalajara. Muchas villas de la Nueva España, entre ellas Saltillo, dependían de estos tribunales.

*Real de Catorce*: población perteneciente al estado de San Luis Potosí, con importantes yacimientos minerales.

*Rodríguez, Dámaso [comercio de]*: casa establecida en Saltillo en 1861. Fue la primera empresa mexicana con capital

importante en Coahuila. Después extendió sus actividades a la agricultura y la industria.

*Royuela, Manuel*: tesorero de las Cajas Reales en Saltillo al momento de estallar el movimiento de Independencia en Saltillo. Huyó al ver que la población se unía a los rebeldes, siendo apresado en Río Grande.

*San Gregorio, minas de*: mineral localizado en el centro del estado de Nuevo León.

*Terrones, Juan*: franciscano que acompañó a los tlaxcaltecas en su viaje desde Tizatlán hasta el territorio donde habría de fundarse San Esteban de la Nueva Tlaxcala.

*Tizatlán:* uno de los cuatro señoríos de Tlaxcala en la época de la colonia.

*Treviño, Delfina*: dirigió una escuela para niñas, fundada alrededor de 1869.

*Urdiñola, Francisco de*: conquistador español. En 1580 y 1586 se trasladó a la Villa de Santiago del Saltillo para pacificar a los indios rebeldes. Entre 1588 y 1589, siendo ya alcalde de Saltillo, sofocó un nuevo levantamiento. Fundó en 1591 la colonia tlaxcalteca de San Esteban de la Nueva Tlaxcala.

*Vacas, Las*: población fronteriza del estado de Coahuila, llamada hoy Ciudad Acuña, donde el 26 de junio de 1908 ocurrió un brote revolucionario anterior a la revolución maderista.

*Valle, Jesús de*: gobernador del estado de Coahuila de 1909 a 1911, año en que dejó el cargo a causa de la Revolución.

*Velasco, Luis de*: virrey de la Nueva España de 1590 a 1595 y de 1607 a 1611. Dio la orden para que se estableciera un grupo de tlaxcaltecas junto a la Villa de Santiago del Saltillo.

*Vidaurri, Santiago*: político mexicano que después de haber tomado Monterrey por la fuerza, quiso extender su dominio y atacó Saltillo en junio de 1855. Para 1862 había anexionado Coahuila al estado de Nuevo León. Su actitud favorable al imperio de Maximiliano lo llevó a enfrentarse a Juárez. Murió fusilado.

*Viesca*: municipio del estado de Coahuila, donde la noche del 24 de junio de 1908 ocurrió un brote revolucionario.

*Villa, Francisco*: guerrillero mexicano que secundó la revolución de Madero y colaboró con Carranza contra Huerta. Después se rebeló contra Carranza. Fue asesinado en 1923, cerca de Hidalgo del Parral.

*Xicoténcatl*: llamado "el viejo", fue un sabio poeta prehispánico que vivía en Tizatlán, Tlaxcala.

*Zapalinamé*: cabecilla indio que capitaneó a los chichimecas cuando se sublevaron en 1580 y 1586 contra los españoles del Saltillo. Hoy lleva su nombre una de las sierras que circundan la ciudad.

# Actividades que se sugieren

Termina tú mismo esta historia, averiguando con tus abuelos o con los más viejos del barrio cómo era la ciudad que ellos conocieron en su juventud, qué diversiones había, qué ocupaciones y problemas tenían.

Como un personaje de la historia de Saltillo, narra la época que a ti te ha tocado vivir.

Visita el Archivo Municipal de Saltillo. Ahí se conservan antiquísimos documentos que hablan del pasado de tu ciudad y que fueron consultados para contarte esta historia.

Visita lugares históricos de nuestra ciudad como la Plaza de Armas, la Catedral o la casa donde se hospedó Benito Juárez, que está en las calles de Juárez y Bravo.

Prepara, como hacían las abuelas, una mermelada con alguna de nuestras frutas: chabacano, durazno, membrillo o ciruela. Es bien fácil. A una cantidad de fruta ya cocida, deshuesada y pelada, agrega la misma cantidad de azúcar y cuécela hasta que se espese.

Visita una fábrica de sarapes o el Museo del Sarape para que conozcas uno de aquellos antiguos telares en los que se han fabricado nuestras cobijas y jorongos.

Este libro se terminó de imprimir en noviembre
de 2018 en Quintanilla Ediciones. El tiraje fue de 500
ejemplares más sobrantes para reposición. El cuidado de
la edición estuvo a cargo de Iván Vartan Muñoz Cotera.

**Magdalena Sofía Cárdenas García** nació en Saltillo, Coahuila, en donde se desempeñó, entre otras actividades, como Directora del Instituto Municipal de Cultura, creadora y Directora General del Instituto Coahuilense de Cultura, y fundadora y Directora General del Museo del Desierto. En Nuevo León se ha destacado como Directora del Centro Regional para la Promoción del Libro y la Lectura Infantil y Juvenil del Fondo de Cultura Económica, Coordinadora de Educación y Ediciones del Fórum Universal de las Culturas, Coordinación de Educación y Contenidos del Bicentenario Nuevo León y Directora de Desarrollo y Patrimonio Cultural del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, Conarte. A partir de 2014, encabeza el complejo 3 Museos, conformado por el Museo de Historia Mexicana, el Museo del Noreste y el Museo del Palacio, espacios dedicados a divulgar la historia de México, la región Noreste y del Estado de Nuevo León. Es autora de diversos libros, entre ellos, *Celestino y el Tren*, *El Tesoro de Don Te*, *María contra Viento y Marea*, textos que cuentan con varias ediciones, así como de *No era el único Noé*, el cual ha sido integrado a los libros de texto gratuito de sexto grado de la Secretaría de Educación.

CONARTE

ARCHIVO MUNICIPAL DE SALTILLO